



# LUZ y GUIA

Año II - Núm. 9

Suplemento de «Hoja Parroquial» - Cassá de la Selva (Gerona)

Febrero de 1945

## Septuagésima y el Tiempo Litúrgico de Cuaresma

El año litúrgico se abre con la conmemoración de los misterios de la Encarnación del Verbo. A esta primera parte del año eclesiástico — ciclo de Navidad —, pertenecen los tiempos de Adviento (1r. Dom. - 24 Dic.), Navidad (25 Dic.-13 Enero) y Post-Epifanía (14 Enero-Sept.). A las del misterio de la Encarnación, suceden las conmemoraciones del hecho inefable de la Redención — ciclo Pascual —, que constituyen la parte segunda del año eclesiástico integrado por los tiempos Antepascuales (Sept. Cuaresma, Pasión), Pascual (Pascua-Sábado desp. Pest.) y Post Pentecostés (Trin.-Adv.).

Brevemente vamos a exponer unas referencias histórico-litúrgicas a los dos tiempos que preceden al de Pasión, aplazando para ocasión más propia el comentario a las restantes fases del ciclo de Pascua.

Ante todo: las palabras Septuagésima, Sexagésima... Cuaresma, indican una relación a la festividad principal de la que dependen. Son las decenas de días que quedan subiendo hasta la Pascua. Pero la Pascua es móvil y, por ello, ninguno de estos tiempos inmediatamente relacionados a ella tendrá una fecha fija. La cuestión de la movilidad de la Pascua fué acaloradamente discutida en los primeros siglos de la Iglesia, entre los obispos orientales, fieles observadores de la fecha judía, 14 del Nisán, y los occidentales que unánimemente venían celebrándola el domingo siguiente a la primera luna de primavera. El papa S. Víctor amenazó con excomunión a los obispos contumaces del Asia, y el Concilio de Nicea (325) condenó a los seguidores del computo judío estableciendo la obligatoriedad de la celebración pascual en el domingo después del plenilunio que sigue al 21 de Marzo. De donde resulta que la Pascua puede oscilar entre las fechas mínima y máxima del 22 de Marzo y 25 de Abril, a las que corresponden, para Septuagésima, las de 16 Enero y 22 Febrero.

Aclara la esta cuestión, para algunos quisquillosa, probemos de considerar el fundamento y concepto litúrgico del tiempo

po de Septuagésima y Cuaresma, uno de los más ricos, más genuinos y más antiguos de la Iglesia de Cristo.

El ciclo de Septuagésima es como un preludio de la Santa Cuaresma que refuerza, con lejana preparación, la perfecta celebración de la Pascua. Es, como dice exactamente Dm. Lefèbvre, a modo de puente entre las alegrías de Navidad y la austera penitencia de la Santa Cuaresma. No presenta los característicos rigores cuaresmales, ni enmudece el órgano, ni se despojan los altares de ornatos y flores; no obstante, acallados los arrullos navideños, la Iglesia viste los ornamentos morados, se suspende el Gloria y se suprime el Aleluya... Y la Iglesia repite, en las lecturas del Breviario, la severa recordanza de la culpa de Adán (Sept.), de la Historia de Noé (Sex.), de Abrahán (Quinc.), Jacob (1r. Dom. Cuaresm.), José (3r. Dom.) y Moisés (4.º Dom.); y en los textos de la Misa ofrece la perfección de aquellas figuras mesiánicas en Jesús, nuevo Adán, verdadero Noé, cumplimiento pleno de los hondos significados de aquellos varones justos, salvadores de su raza y de su pueblo: Abrahán, Jacob, José, Moisés...

El ciclo temporal de Septuagésima, expira el miércoles de Ceniza.

Hemos dicho que la Cuaresma es, de todos los ciclos temporales de la Iglesia, acaso el más antiguo (S. Ireneo habla ya del ayuno de preparación a la Pascua). No puede hablarse de norma o de Ley o de simple costumbre que unifique la duración e intensidad de estos ayunos. Las diferentes iglesias se regían por usos distintos y, mientras en Africa se ayunaba tan sólo en los días de Viernes y Sábado Santos, en Alejandría se observaba el ayuno absoluto por espacio de cuarenta horas enteras o de seis días al modo judaico. Algo más tarde eran legión los conocidos *Hebdomadaríos* de absoluta abstinencia durante la última semana, llamada Mayor.

Probablemente el origen de esta institución está en la necesidad de una preparación suficiente para la inmersión baptismal que se realizaba en la noche de Pascua o para coadyuvar a la plena purgación de los pecados cometidos por los fieles separados de la comunidad el día de Ceniza y que debían ser reconciliados el

(Sigue en 4.ª pág.)

## LA VOZ DEL PAPA

Entre los fenómenos espirituales que la historia de la humanidad después de la primera guerra mundial presenta al observador sagaz, ninguno consigue impresionarnos más vivamente que el aumento creciente y progresivo del gran prestigio del Pontificado, fundacionalmente ya aureolado con una divina promesa de eterna perdurabilidad. Angustiados por la desorientación y el caos que aquella contienda incubó, hacia la piedra angular romana volvieron su mirada esperanzada notables estadistas y pensadores contemporáneos, los cuales acertaron adivinar la enorme fuerza regresiva tanto del comunismo ateo como de las iglesias nacionales.

La triunfante permanencia de la catolicidad durante la pacífica etapa hace un lustro desgraciadamente cerrada, aparece presidida por la figura señera de Pío XI, Pontífice de la Acción Católica, cuyo régimen imprime tensión a la milicia coadyuvante y necesaria de los apóstoles seculares. Colaborador eficazísimo del venerable anciano que quiso inmolar su vida por la paz de Cristo, fué su Cardenal Secretario de Estado a quien el sencillo pueblo romano en una mañana fría y brumosa de invierno, ya comenzada la guerra, anhelaba como el santo y sabio sucesor que las graves circunstancias demandaban. Unánimemente elevado por el Sagrado Colegio Cardenalicio a la silla de San Pedro, solicito vela por la humanidad dolorida en este período de prueba, durante el cual los estallidos de las bombas y las humaredas de los escombros parecen ensombrecer una clara visión de los acontecimientos.

Frente al natural confusiónismo por aquellos engendrado, la fuerza moral y civilizadora de la Iglesia se yergue imbatible, y su poder de magisterio señala al mundo en la estrella de Belén el único camino de salvación. Así nos lo recordaba el Papa en la pasada noche navideña, exaltadora del gran misterio, cuya significación ofrece hace veinte siglos, entre otras lecciones, la profunda de la originaria dignidad de todos los hombres, y la no menos excelsa de su hermandad. La autorizadísima proclamación por parte de Pío XII de los derechos inalienables y deberes imprescriptibles de la persona humana, derivados de aquellos principios, ha ido esta vez envuelta con cálidos acentos de paz, henchidos de sobrenatural esperanza para el comienzo de una era justa y renovadora.

Atento a las inspiraciones generosas del Padre de la Catolicidad, «LUZ Y GUIA» recomienda encarecidamente la lectura de las alocuciones pontificias, mientras expresa al Vicerio de Jesucristo en la tierra el devoto testimonio de su filial adhesión.

L. Y G.